

La democracia se duerme: hay que despertarla

Jean-Marie Delarue*

Es oportuno comparar las situaciones de las ciudades con problemas, y también los procesos profundos que ellas experimentan, dado que las palancas de sus desarrollos pueden ser comunes. Pero es a partir de un análisis de los fracasos y de las lagunas propias de cada sociedad que puede iniciarse un cambio real. En especial para Europa occidental, Jean-Marie Delarue revisa las incoherencias socialmente costosas, como también las perspectivas de renovación, que se abren para las democracias prósperas en la gestión de sus ciudades.

Las ciudades populares de los países del sur y de los países industrializados aparecen como lugares deslumbrantes de vida: milagrosa y abundante. Pero la expresión democrática de sus habitantes a menudo está muerta. La vida política no los escucha ni los comprende (en el doble sentido de englobar y de entender inteligentemente). Sucede con los pobres y la vida pública algo semejante a lo que ocurría con las relaciones con su padre, según las definía Talleyrand (más o menos) así: “no nos veíamos mucho, y por otra parte, tampoco nos amábamos”. En suma, para retomar la vieja característica de ciudad “dormitorio” con la cual se ha denominado a los “grandes conjuntos” (*sic*) de la periferia urbana, se podría decir que no es el lugar donde los habitantes duermen, sino que es el espacio que se les concede en la vida colectiva. Ahí, la democracia ha sido vencida por el sueño: hay que despertarla.

Tal es el sentido de “el llamado de Caracas”, que ha sido lanzado por personas mayoritariamente del “Sur”, con algunos representantes del “Norte”, todos dedicados al desarrollo urbano, a comienzos de los años noventa,¹ llamado renovado algunos meses más tarde en Brasil. Con él se pretende subrayar que el verdadero desarrollo urbano, para parafrasear una formulación célebre, sólo puede ser “la obra de los propios habitantes”.

Demasiada indiferencia, demasiada reglamentación

¿Qué significa esta fórmula para las ciudades de los países industrializados? La situación del “Sur” no se puede comparar fácilmente a la del “Norte”. El reto de los pobladores de barrios populares o de campamentos es la ocupación de terrenos con toda ilegalidad, que estén situados lo más cerca posible de la “ciudad” anhelada; luego la construcción de una vivienda provisoria, el acceso tenaz y difícil a los servicios de agua potable y electricidad; y más tarde, una transformación hacia una vivienda consolidada y la lenta integración del barrio al mundo de los servicios urbanos habituales.

* Ex delegado interministerial en la ciudad (Francia).

¹ Disponible en francés, inglés, español, en la Fondation Mayer pour le Progrès de l'Homme, 38 rue Saint-Sabin, 75011 Paris.

Por la reglamentación inmobiliaria (principal desafío del desarrollo urbano), estas dificultades no afectan a los países industrializados: a excepción de poblaciones marginales (aún existen pobladores precarios), el problema se plantea de forma inversa. El Estado todopoderoso, o sus reencarnaciones (organismos públicos, empresas públicas de urbanismo y vivienda), construye, enlaza, define usos, a tal punto que uno puede preguntar qué le queda de elección al habitante, asignado a una vivienda que no ha sido concebida por él, en un entorno que no ha elegido, con un acceso muy limitado a empleos que no ha deseado y una calidad de servicios públicos suministrados con toda mezquindad.

En otros términos, allí, el desarraigado, abandonado a sus propias fuerzas, lejos de Dios y de los hombres, trabaja con la porfía de aquel cuya existencia peligra (por ejemplo, durante cada lluvia catastrófica); acá, el pobre, sobre-reglamentado, sin iniciativa, debe contentarse con la calidad de vida que otros han decidido para él.

Me parece, entonces, que lo que significa la declaración de Caracas, y que hasta ahora ha tenido muy pocas consecuencias, debe asumir tres aspectos en las sociedades “desarrolladas”.

Tomar la palabra

En primer lugar, se debe *devolver la palabra* a las personas que han sido despojadas de ella. Demasiadas experiencias de vidas difíciles, fatigosas de aguantar, no pueden ser expresadas, por falta de lugar en la vida colectiva. Hablar de cesantía, de carencia de vivienda, de los hijos que zozobran, de la decepción escolar, de los apremios financieros cotidianos; hablar de las frustraciones que implica contemplar, tan lejos y tan cerca a la vez, vidas más fáciles, y de no poder facilitar a los propios hijos el acceso a ellas; llamar la atención de los responsables acerca de la inercia, la confrontación de prejuicios (la discriminación en el acceso al empleo, por ejemplo). Pero también dar testimonio de otras maneras de ser o de sentir: ahí están las aspiraciones fuertes de las personas, que ni la búsqueda de votos en las elecciones municipales, objeto de burlas locales, ni la ficción televisada, pueden satisfacer.

Es cierto que las “ciudades” oscilan, a falta de expresión, entre el silencio y el grito. Se conoce el grito de cólera: los periódicos dan fe. Se mide menos el silencio, bajo todas sus formas, el cual está implicado en estas actitudes que son deserción de la vida colectiva, resignadas, porque es inútil compartir la vida de otros: las personas ya no salen de su vivienda, remachadas en las ventanas, para mirar la vida, o las pantallas de televisión, para llenarse de sueños. El acceso a la expresión implica reencontrar el gusto por salir —lo que implica cuidar la calidad de los espacios públicos— y el orgullo de la palabra. Para los responsables públicos, se trata a la vez de velar por lo más concreto de la calidad de vida; de devolver a cada persona la confianza en la utilidad social que ella puede tener y facilitar los lugares y las ocasiones de expresión de sí mismo, de parte de los más pobres.

En la definición simple de esos objetivos entran múltiples exigencias complejas, que van desde el desarrollo de formas originales de economía (Administración de barrios, por ejemplo) y del arte (festivales itinerantes o manifestaciones fijas) a una atención vigilante que lleve a la apropiación colectiva del lugar. En este campo, queda mucho por hacer: hay que aceptar que, a pesar de llamados incesantes —en Francia al menos— desde hace veinte años, los resultados más felices han surgido de la obstinada iniciativa de algunos temerarios (músicos, cineastas...) más que de la atención y las facilidades otorgadas por los actores públicos a los habitantes. Y cuando se dan estas facilidades, se encuentra en ellas demasiadas soluciones prefabricadas y ajenas a la realidad de cada lugar; tienden a graficar la idea de que “todos los pobres se parecen”, más que a generar una actitud de escuchar atentamente a

personas colectivas e individuales. Sin duda la iniciativa de los habitantes y el rol de los actores públicos tienen que ir de la mano. Pero si estos actores públicos enmudecen, los pioneros aislados tienden a desalentarse: este desaliento refuerza la amargura y el escepticismo de los más jóvenes; al respecto, es ilustrativa la evolución del pensamiento de los militantes activos de la inmigración en los últimos quince años.

Asumir responsabilidades

En segundo lugar, conviene generar una actitud de *asumir colectivamente los problemas comunes*, enfatizando el rol de los habitantes para remediar las dificultades de las cuales son víctimas,² y no exclusivamente el de los agentes públicos de toda especie.

No se trata, por cierto, de desembarazarse con un gesto de alivio de los problemas insolubles que corresponden a los poderes públicos, para echarlos sobre los hombros de quienes están tan poco preparados para soportar los males de otros, si los suyos propios les pesan ya tanto. Se trata más bien de que, a partir de las aspiraciones de los habitantes, se los incorpore de inmediato en el proceso que les va a permitir resolver el problema planteado.

El mejor ejemplo es el del empleo. Se conoce el problema de la cesantía en las poblaciones afectadas; se sabe menos que cuando estos empleos existen, se trata de puestos de trabajo, desvalorizados, poco calificados, pero más aún incómodos y precarios (cajeros de supermercado dos horas por semana, vendedores de helados del sábado o del domingo en las heladerías Haagen-Daas, trabajos nocturnos sin transporte público), de esos empleos que llevan a rumiar el fracaso cotidiano. La constitución de empresas alternativas, a partir de capitales exteriores, y ojalá con una rentabilidad cuidadosamente estudiada, facilita a los habitantes trabajar normalmente cerca de sus casas, y poner remedio a los defectos de su calidad de vida. Entre estas experiencias hay éxitos incontestables. Pero en dosis infinitesimales. Sin embargo, las voluntades existen, y hay que darles una oportunidad (¿cómo ampliar el compromiso de los bancos en este punto, reconociendo los esfuerzos de algunos?). Esta gestión conjunta está evidentemente lejos de aquellas “zonas francas”,³ cuyo diseño mismo se hace en el secreto de las oficinas administrativas.

Otro ejemplo es el de la seguridad, que preocupa a los adultos y a los ancianos. Se han planteado múltiples propuestas en torno a este tema tan sensible. Y siempre ellas incorporan exclusivamente a los “profesionales” de la seguridad, que se multiplican, por lo tanto,⁴ sin que se busque jamás realizar una práctica colectiva de la seguridad.⁵ Peor aún: los habitantes son asociados, pero “a la rápida”; se indagan sus “necesidades” mediante encuestas rápidas y superficiales. La primera “necesidad” identificada es la instalación de aparatos de seguridad en las puertas (timbres, citófonos, cerraduras...), lo que fácilmente se puede comprender. Pero la satisfacción de esta necesidad inmediata, a falta de una reflexión y sobre todo una mayéutica más profunda, tiene como efecto un *echarle candado* tanto a la vida

² Cf. el interés de las cooperaciones internacionales en esa materia, tal como lo expresa Claude Jacquier en este mismo volumen.

³ Estas zonas, muy a menudo, incluyen un barrio “sensible”, en el cual se aplica a las empresas desgravaciones fiscales importantes, a cambio de la contratación de habitantes del barrio como parte de su personal.

⁴ Cf. la prosperidad de las sociedades de seguridad, cuyos empleos son ocupados por los pobres.

⁵ A pesar de algunos ensayos meritorios de “rondas nocturnas” realizadas por los habitantes en torno a inmuebles HLM en Rennes, Meaux o los alrededores.

colectiva como a la vida individual. Un trabajo hecho con mayor detenimiento habrá encontrado soluciones que implicaran no sólo medios pasivos de seguridad, donde el profesional es el mejor preparado, sino prácticas activas que asociaran a los habitantes, en las cuales el profesional está a su servicio.

Conquistar poder

En tercer lugar, en los países industrializados, los habitantes tienen el derecho de *incidir lo más directamente posible en las decisiones* que determinan su vida cotidiana. De ello se pueden dar tres ejemplos diferentes.

- Primera ilustración: el funcionamiento de los servicios públicos, y quizá de los servicios privados. Existe una “participación de usuarios”, como se dice, en ciertos servicios: los consejos de administración de escuela son un ejemplo. Pero ello no ocurre ni por asomo en todos los servicios. ¿Por qué no en la oficina de correos o en la distribución de agua y electricidad? Se valoriza que en el ámbito nacional o en el del organismo de HLM (*Habitations à Loyer Modique*, habitaciones de arriendo módico), las personas físicas formen parte de los consejos de administración. Pero esta representación, ¿es suficientemente cercana a los representados? La democracia representativa, ¿puede aceptar representantes desconocidos? Es lo que importa plantearse. Más aún, incluso allí donde la representación se encuentra adecuadamente asegurada, ¿debemos contentarnos con un rol convencional? ¿Un rol por lo general limitado por mal aceptado (y mal aceptado por mal explicado) por los profesionales que quieren un papel preponderante y no dejan que se los “despoje” de prerrogativas? En esta guerra de trincheras, no hay vencedor: no progresa la eficiencia ni tampoco la modernización de las instituciones públicas.
- Segunda ilustración: el funcionamiento y el mantenimiento de barrios: viviendas, espacios verdes, pequeños equipamientos públicos, pero también instalación de los recién llegados, animación social y solidaridad. ¿Se puede soñar? Es probable que la degradación de muchos centros comerciales habría sobrevenido de otra forma, de no haberse dado allí juegos oscuros entre comerciantes y empresas inmobiliarias; que la apropiación de los muros reparados habría sido más sencilla, si esa reparación hubiera sido concebida con la gente, dándole un rol protagónico, como en el caso de ese barrio de Lorraine donde las escenas pintadas en los muros cuentan hechos antiguos, con rostros contemporáneos. El desafío es grande. Por una parte, está la convicción (por lo general ausente entre los habitantes) de que su intervención pueda ser útil; y por otra, una nueva forma de representación —que debe generarse barrio por barrio— ante las instancias de los HLM (que a veces han evolucionado bastante sobre este tema), ante los servicios técnicos de la municipalidad y ante las sociedades que intervienen, todos los cuales debieran presentarse en un organismo único de gestión del espacio, sobre el cual los habitantes puedan ejercer control.
- Tercera ilustración, la vida política en sí. Ya que los habitantes de las ciudades están aislados, las autoridades electas, salvo excepciones, están lejos. La organización política de la comuna debería ser la primera en eliminar las distancias, en romper los muros invisibles. No lo hace. Al contrario, la alcaldía en el lugar central, y la organización piramidal de la municipalidad, concurren demasiado a menudo a generar distancias y levantar muros. Por otra parte, la opinión mayoritaria del “centro ciudad” los anima a ello. La situación exige, por el contrario, que la alcaldía, paradójicamente, a la

manera del Estado, se descentralice; hay mucho que hacer en este sentido.⁶ Pero actualmente (y esto no es más que un indicio), la participación electoral de la “ciudad central” es siempre una decena de puntos inferior a lo que ocurre en otras partes de la aglomeración urbana.

Si, como ocurre en la sociedad, nuestra democracia está viva, entonces, especialmente por su parte local, ella debe evolucionar. Porque ella sigue conformada por las agrupaciones humanas de fin de siglo XIX. La ciudad exige otra cosa, Es necesario lograrlo.

Naturalmente se dirá que éstas son propuestas muy difíciles. Puede que lo sean, si desde un comienzo se las petrifica, rigidiza, formaliza en una sucesión desconcertante de delegaciones y representaciones. Pero ellas pueden contribuir, livianas y fáciles, a revitalizar nuestra manera de debatir y decidir, y con ello no solamente remediar una gran parte de las dificultades sociales que la ciudad nos plantea, sino también rejuvenecer nuestra vieja vida pública.

⁶ Alcaldías anexas como en Lille; comisiones de barrios, como en Dunquerque; adjuntos al alcalde encargados de barrios urbanos particulares, como en Saint-Denis.